

Pintor-Poeta

Anna Banasiak

En memoria de José Anaya

José esbozó una sonrisa mirando el dibujo que había trazado hacía una semana. Las formas que se arremolinaban en el fondo blanco hueso despertaban un montón de emociones, entre las cuales dominaban la ansiedad, una punzada de dolor y un tris de amarga satisfacción. De repente, al hacer una pincelada turquesa, su mano derecha se desvió y quedó inmóvil. Mientras masticaba un trozo de manzana abrió la ventana por la cual Tina saltó adentro.

—¿De dónde has venido, mi reina? —dijo de manera muy tierna, tocando a la gata como si fuera una amiga perdida. Tina le respondió con superioridad y orgullo. Sus ojos brillaban impávidamente. José sintió una punzada de azaramiento al tener la impresión de que la vista de su bella amiga estaba buceando en la suya.

El sentido de la fragilidad ocupaba sus pensamientos. Entrado en los años de la madurez masculina, cuando el dolor y la ansiedad forman parte de la vida cotidiana, solía escrutar su reflejo en el espejo. Por mucho que buscaba, no podía encontrar allí nada, excepto su mirada, la cual fuera una señal de la juventud. Su cara, redonda, adornada con los ojos profundamente marrones cubiertos por las gafas de alambre, parecía experimentar un estado de fascinación inmenso causado por un instante de inspiración.

Mirando su dibujo, José pensaba en él como la culminación de un trabajo de campo empírico que había realizado por muchos años en el suroeste de México en busca del arte y la cultura maya. A pesar del tiempo que había pasado ya, trataba de desenmascarar las raíces, sus raíces, que debían ser milenarias. Las formas y los colores diferentes, tanto como las palabras pintadas en el papel, eran las esferas del mismo fenómeno bifurcado en mil mechones. Inundándose en las palabras, su mente parecía producir un gemido, un jadeo, sin poder seguirle el paso a las imágenes que aparecían en su imaginación.

Este día daba la impresión de haber empezado en el pasado remoto. José, estremecido por la multitud de impresiones, respiraba profundamente completando el retrato metafísico que estaba pintando. Seguía adiestrándose en la examinación del

universo, yendo más y más profundo, como si fuera un viaje posiblemente infinito en el que no podría alcanzar su destino.

Tina seguía sin moverse. Escrutándole, mostraba su desaprobación y desasosiego.

—¿Qué estás pensando, mi reina? —José fingió no saberlo.

Aunque Tina parecía escarpada, cerrada y retirada, José estaba convencido de su profunda habilidad para comprender la realidad. Le parecía que los gatos podían inundarse de lo que veían a su alrededor, al punto que eran capaces de desenmascarar todos los secretos de la vida. Sus diálogos siempre empezaban y acababan con un instante de vacilación. Entre la multitud de las fruslerías había algo imborrable y desconocido que parecía repercutir en su percepción de la vida.

Mientras los personajes surgían en el espacio de la composición, José se acordó del amanecer cuando había visto el primer momento de la vida de este día.

Entonces, rastreando los movimientos del sol, había vislumbrado una silueta femenina parecida a una vela llameante encendida por alguien anónimo. Se acercó a ella, moviéndose tranquilamente hacia la hendidura que los separaba, pero por mucho que buscara la oportunidad de profundizar aquella experiencia, José no podía identificarla. Su rostro que siempre parecía invisible, incluso unos años más tarde, quedaba presente en su memoria.

Pakal finalmente debió aparecer. Parecida al amanecer que viene sin pensar, su rostro fue visible, revelado por los dedos del poeta-pintor.